

1

ARCHIVO CONFIDENCIAL UNIDAD DE HOMICIDIOS

Caso N.º 27.11.24-15.UH

Fecha: 27 de noviembre.

Ubicación: Upper East Side, Nueva York.

Delito: presunción de homicidio.

Estado: investigación abierta.

Prioridad: alta.

Víctima: no identificada.

El detective Arthur Jones avanzó entre la multitud agolpada frente al edificio. La calle ya había sido clausurada y delimitada con cinta de seguridad; también se había instalado una carpa blanca de emergencia para resguardar a los vecinos evacuados. Al alcanzar el perímetro, se dirigió al personal encargado y exhibió su placa de identificación.

—Unidad de Homicidios. Fui notificado para asumir el caso.

Tras ser autorizado, ingresó al vestíbulo. Desde allí advirtió la presencia de varias unidades desplazándose por la azotea, con vista directa al Central Park. Jones señaló en esa dirección.

—¿Sitio del suceso? —Ante la respuesta afirmativa, añadió con severidad—: ¿Recibieron instrucciones de preservación?

—Sí, señor —respondió el oficial Smith.

El detective Jones suspiró, cansado.

—Entonces, explique la presencia de personal no asignado interfiriendo con el resguardo de una escena del crimen.

Pocos segundos después, la terraza quedó despejada.

La situación en la recepción no era más ordenada. Además de los funcionarios, permanecían varios civiles: una pareja de alrededor de cincuenta años y una mujer asiática de edad avanzada. Entre ellos, Jones identificó a su compañera, la oficial Davis, y le indicó que lo siguiera hacia la escalera de servicio.

—Identificaciones. —Solicitó. No hubo saludo formal, pues coincidieron en la oficina hacía unas horas.

—Los padres de la víctima, la conserje de turno y el personal de mantenimiento que realizó el hallazgo —informó Davis sobre las personas relacionadas con el caso.

El detective dispuso el cierre del acceso del edificio, para restringir la circulación hacia los pisos superiores.

—¿Nombre? —No necesitaba dar un contexto mayor para que ambos se entendieran.

—Edward Miles —respondió ella—. Se encuentra junto a los oficiales en la azotea.

—¿Circunstancias?

—Residentes reportaron un mal olor proveniente del alcantarillado. El señor Miles verificó los estanques de agua, instancia en que encontró a la víctima. No se observan indicios evidentes de intervención de terceros, salvo una contusión en la región frontal. El estado de descomposición es avanzado, la data de muerte se estima de una semana. La causa preliminar es asfixia por inmersión.

Apenas alcanzaban el sexto piso.

—Los depósitos ya habían sido revisados al inicio de la investigación —señaló Jones. Tal suceso ocurrió hacía unas semanas, tras abrirse el reporte de desaparición.

—Así es —confirmó la oficial—. Y sin hallazgos identificados.

—Hipótesis.

Faltaban tres niveles. Davis vaciló unos segundos antes de retomar el ascenso, con la respiración agitada.

—La víctima fue depositada en el estanque con posterioridad. Jones examinó los descansos.

—El único acceso sin registro directo es este. ¿Confirmas que el cuerpo está íntegro?

—Íntegro, señor.

Al llegar al piso catorce, Davis señaló las dos únicas puertas del corredor, además de los ascensores.

—Departamento de la víctima y acceso a la azotea —explicó.

Antes de aproximarse, se colocó los guantes. Accionó uno de los ascensores y observó el interior: reducido y anticuado, con una cámara orientada hacia el pasillo.

—Necesitaremos las grabaciones.

—Ya fueron solicitadas, señor.

Davis, siempre eficiente.

En el nivel superior, la terraza era amplia, interrumpida por la sala de máquinas y cuatro estanques dispuestos a un costado. Jones realizó una evaluación preliminar de la escena. Confirmó que el lugar estuviera despejado y efectuó un reconocimiento visual sistemático, señalizando con cinta los puntos de interés pasados por alto para el levantamiento de huellas y muestras biológicas.

Finalmente, subió la escalinata metálica hacia los depósitos. Uno mantenía la compuerta abierta y desprendía un olor a estancamiento y pudrición. A pesar de su experiencia, la reacción visceral fue inevitable. Reguló la respiración antes de asomarse.

Debido a la acumulación de gases putrefactos en el abdomen y tórax, el centro de flotación del cuerpo se había desplazado hacia el pecho, lo que provocó una flotación parcial en el agua, en posición dorsal, y con el rostro orientado hacia arriba. Presentaba hinchazón generalizada, desprendimiento parcial de la epidermis en extremidades inferiores y una coloración dérmica irregular, compatibles con una inmersión prolongada. En la región frontal

se observaba una contusión compatible con traumatismo contuso visible, pese al avanzado estado de descomposición.

Jones exhaló con lentitud.

Los Hayes no iban a estar contentos con el hallazgo. Esto iba a arruinarlos.

Antes de.

La Catedral de San Patricio, también conocida como la Catedral de Nueva York, se encontraba en el lado este de la Quinta Avenida, entre las calles 50 y 51, justo frente al Rockefeller Center. Casarse allí no era sencillo, porque no bastaba con cumplir ciertos requisitos ni con pagar una cuota astronómica. Cion Murray sabía que conseguir una plaza exigía algo más que números.

Por fortuna, el evento no era para celebrar su boda; la suya sería el año próximo con Amir Harris. No porque Cion lo deseara, sino porque así lo estipulaba el contrato de sangre que su familia le hizo firmar a los diez años. A pesar de que era una chica y que Cion era el gay más grande que había pisado Nueva York, tampoco tenía un problema con ello. Era mejor un emparejamiento seguro que morir a los veintisiete años por un corazón roto. Era instinto puro. No solo el suyo, sino el de la manada, el de todos.

Ivar Hayes, el futuro esposo y excompañero de escuela, era un vivo ejemplo de lo anterior. Tampoco pudo elegir su matrimonio. Ni la fecha ni a su futura pareja, a quien Cion, por supuesto, no conocía. Era probable que el resto de los invitados tampoco.

—¿Sabes quién es? —Para probar su punto, Cion le habló a su acompañante en esa funesta celebración. Su melliza, Sasha, alzó la vista hacia él. Eran idénticos en lo esencial: cabello castaño, piel oliva y ojos verdes. No se podía dudar de que la genética estaba a favor de los Murray.

—¿Quién? —La forma en la que Sasha peinó su frondosa y crespa melena para el evento se asemejaba mucho a un casco de pelo humano.

—El omega. —Al menos creía suponer que era un chico. Las mujeres nunca fueron del gusto de Ivar... pero, considerando que su excompañero no fue quien eligió a su pareja, las probabilidades estaban igualadas.

—¿Fuiste invitado sin siquiera conocer a ambos novios? —cuestionó Sasha, en broma—. ¿En qué clase de sociedad vivimos?

En una donde los omegas escaseaban y las familias poderosas luchaban por quedarse con uno. Por eso, a cambio de un acuerdo económico, obligaban a sus hijos a firmar compromisos de vida durante la infancia, que debían concertarse una vez que ambos cumplieran la mayoría de edad. En su mundo nadie se casaba por amor. El matrimonio era un trámite necesario. Alguien emparejado sobrevivía; uno solo, no.

El mismo criterio aplicaba para Sasha y él. Cion estaba comprometido con Amir desde los diez años; ella, con otro desde los siete. Y si bien Amir tenía veinte años y él veinticuatro —por lo que el matrimonio ya debería haberse concretado—, la boda se había postergado a solicitud de los Harris para que los prometidos pudieran conocerse con tranquilidad. Sin embargo, durante ese tiempo apenas tuvieron contacto: una llamada de Amir, ninguna de Cion. El silencio resultó suficiente para que se preguntara cómo pasaría una vida entera junto a una completa desconocida.

El caso de su hermana era incluso peor. Su prometido recién cumplía la mayoría de edad, así que decidió huir a Los Ángeles. No por rebeldía, sino para ganar tiempo... al menos hasta que se viera obligada a regresar e iniciar los preparativos de su boda.

—Somos parte de una sociedad muy miserable —respondió Cion, buscando en el bolsillo la tarjeta de invitación. Tenía forma de botiquín y llevaba impreso: «Kit de caza-miento». Guardaba supresores falsos, un collar de perro y una campana diminuta que hacía referencia a las campanillas que el alfa agitaba tras firmar los votos de matrimonio. Era un tintineo por cada década ganada a la enfermedad de Hanahaki.

Que la invitación estuviera asociada al omega y no a quien lo desposaba era una clara burla, una que Ivar claramente no inventó. Al menos podía decir que el otro novio era gracioso.

—Lian Madden —dijo Sasha, sacándolo de sus pensamientos.

—¿Cómo? —Cion se había perdido. Todavía se reía de la ilustración.

—Lian Madden es el nombre del chico. —Sasha le clavó el codo en las costillas—. No lo olvides, recuerda que en la celebración debemos felicitar a los recién casados.

—¿Me crees capaz de evitar decir su nombre por no sabérmelo?

—Evidentemente —expresó con honestidad—. Eres mi mellizo, y algunas veces creo conocerte más que a mí misma.

Con una risa floja, y considerando que la ceremonia estaba muy retrasada, Cion guardó el kit en la chaqueta y sacó el paquete de cigarrillos. Se lo ofreció a Sasha, aun cuando sabía que lo rechazaría. Su hermana era deportista de alto rendimiento. No era un apasionado por el Rock and Roller, el estilo salvaje de patinaje que ella practicaba, pero la había acompañado a suficientes partidos como para conocerlo en profundidad y saber sobre las exigencias cardiopulmonares que requería.

Sabía que fumar era acercarse a la muerte en cada calada, pero algo en el hedor del tabaco le fascinaba. Probablemente, la idea de que el sabor y el olor le enturbiaban los sentidos. Sin esforzarse mucho, casi podía fingir que era un beta corriente. Casi. Una cajetilla completa y podría controlar su yo animal.

—Saldré a fumar.

Sasha no lo acompañó.

No pasaba del mediodía. Como la Catedral de San Patricio se ubicaba en pleno Manhattan, lo rodeó el ruido de las bocinas, voces y obras en construcción. La bulliciosa y caótica Nueva York. El sol se ubicaba en lo alto del cielo, cuya luz era cubierta en parte por los rascacielos. Los calendarios marcaban el 14 de septiembre. Una ligera brisa corrió entre sus muslos y la chaqueta oscura del traje tradicional.

Mientras encendía su cigarro intentando cubrir la punta para que el viento no apagara la llama del encendedor, la risa de un grupo de niñas lo atrajo desde la izquierda. Estaban concentradas en un juego de manos. Se golpeaban las palmas en sentido contrario, paralelas al pecho, y repetían la frecuencia con ritmo y rapidez, en tanto cantaban con fuerza y precisión.

*Aléjate del alfa
o él te raptará.
Adiós, papá.
Adiós, mamá.
Escapa, escapa lejos
o él te cazará.
Con ese o zeta, ambas serán.
No quiero, mamá.
No quiero, papá.
Nada, nada importa
pues tu vida se va.
Y un día
adiós, papá
adiós, mamá
tu cría dirá.
Y un ciclo interminable
tu vida será.*

Las canciones infantiles eran verdaderas películas de terror.
Alfa malo, pensó.
La realidad no se alejaba de la ficción infantil...
De pronto, el mundo pareció detenerse de golpe.
Un aroma...
Olfateó el aire.
Y de nuevo.
Su mano quedó paralizada, con la olvidada colilla entre los dedos.

Al verlo, su corazón tropezó dentro de su pecho, desincronizado y violento, como si por fin hubiera reconocido al hombre destinado a reclamarlo como suyo.

A las afueras de la catedral se estacionó una limusina larga y oscura. Como la puerta del pasajero estaba abierta, no pudo ver a la persona que descendía. Por debajo vio unos zapatos negros cubiertos, en parte, por el borde de un pantalón del mismo tono. Al cerrarse la puerta, notó una chaqueta larga de rojo sangre con detalles dorados que le llegaba hasta la mitad del muslo.

El rojo era la tonalidad tradicional para la vestimenta de los novios. Rojo, porque era sagrado. Rojo, porque alejaba a los monstruos. Rojo, porque era un lazo de sangre y de por vida.

El recién llegado a la iglesia era el prometido de Ivar. Alzó una mano para esconderse un mechón corto y ondulado de cabello negro detrás de la oreja. Parecía nervioso.

El cigarrillo de Cion cayó al suelo.

Olfateó nuevamente el aire.

Su estómago dio un brinco al ver que la nariz del chico se movía aspirando en profundidad, como si lo imitara. Su cabeza se ladeó, entonces unos ojos oscuros se clavaron en él permitiéndole apreciar su rostro completo. Tenía un beso de la luna en su flequillo, lo que había decolorado el mechón en un blanco absoluto. Su ceja izquierda y las pestañas también tenían aquel baño de la luna, que hacía un perfecto contraste con el otro lado de su cara. El iris era tan negro que la pupila no se diferenciaba y sus labios tenían una bonita forma redondeada. Era alto y delgado, como si hubiera practicado por años algún deporte que estilizaba los músculos.

Cuando sus miradas se encontraron, su ansiedad se extinguió de la misma forma que el calor de la colilla en el piso. A pesar del estrambótico bullicio de la ciudad, ambos se quedaron detenidos en aquel caótico orden.

Cion inhaló su aroma.

Supo que su lobo lo había elegido.

Él era su compañero predestinado.

El rostro del chico se contrajo de dolor y se llevó la mano al cuello para cubrir una herida que no pasó por alto. No era cualquier tipo de lesión. Era una marca dada por un lazo. Estaba vinculado. Le pertenecía a otro.

Y su dueño era Ivar.

Cion tosió con un ardor que le recorrió los pulmones. Al cubrirse la boca con la mano, algo la manchó. Su palma tenía rastros de sangre.

La enfermedad de Hanahaki, conocida originalmente como «Hanahaki Disease», cuyo término provenía de las palabras japonesas *Hana*, que significaba «flor», y *Hakimasu*, asociado a la acción de vomitar, había sido nombrada así en el siglo XIX tras la muerte del hijo de un importante diplomático japonés. La autopsia de Yoshiro Ren determinó que la causa de muerte había sido una falla cardiopulmonar. En todo su sistema respiratorio habían crecido raíces que portaban hermosos capullos rojos por alimentarse con su sangre. En las investigaciones realizadas para entender su deceso, se descubrió que su omega predestinado había fallecido pocos meses antes de tal fatídico evento.

Se concluyó, entonces, que un omega podía vivir sin su alfa, pero que un alfa moría sin su omega. Por eso se nombró aquel padecimiento como «Hanahaki Disease», la enfermedad del amor y del corazón roto.

Ilógica, instantánea y mortal, sin cura alguna.

Era el fin de Cion.

Porque quien parecía ser su compañero predestinado ya había sido caz(s)ado por alguien más.